

todos los espíritus celestes, que son los mediadores entre Dios y el hombre; y no dudemos aplicar muy especialmente este honroso dictado al que fué escogido por Dios para representar en el mundo la imágen de su divina beneficencia. Consideremos atentamente que es un Dios omnipotente, á quien sirve y ante cuyo trono asiste de continuo, para recibir de él sus mandatos y ejecutarlos en beneficio de los mortales. Invoquémosle pues en todas nuestras necesidades. Cuando nos halláremos en los mas graves peligros; cuando nos viéremos sumergidos en las aguas de la tribulacion; cuando nos asaltaren las tentaciones con que el mundo, el demonio y nuestra carne rebelde y contumaz pretenden esclavizarnos; y sobre todo cuando el genio de la irreligion y de la impiedad intentare corromper nuestra inteligencia y abrir brecha en nuestro corazon; llamemos á nuestro protector, á nuestro guia, á nuestro verdadero amigo, y digámosle, como Tobías, cuando veía ante sí aquel pez monstruoso que le asaltó en el Tigris: *Señor, que me embiste!* Y no de otro modo que entónces lo hizo con aquel jóven, nos alen- tará, nos protegerá, nos salvará, y nos hará caminar seguros al término de nuestra peregrinacion, que es la bienaventuranza eterna de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE BORDOY.)

Tunc pater suus... inquire tibi aliquem fidelem virum qui eat tecum, salva mercede sua... Tunc egressus Tobias, invenit juvenem splendidum..., et vocantes eum..., tunc dixit eis.

Entónces le dijo su padre...: Búscate algun hombre fiel que vaya contigo por su salario... Saliendo pues Tobías, halló un jóven gallardo..., y llamándole..., les dijo.

Tobías, c. 5, v. 3. á 5, y c. 12. v. 5 y 6.

Gran Dios! y ¡cómo es verdad que vos sois el que fabrica y destruye, abate y engrandece, corona y castiga, salva y condena! Y si alguna vez una chusma de filósofos, indignos de este nombre, fingieron atrevidamente un Dios con los ojos vendados, cuyo gobierno no se extendia mas allá del término de los cielos, esto mas fué consecuencia originada de su corazon corrompido para lisonjear sus depravados apetitos, que no un eficaz é íntimo convencimiento nacido de la fuerza de la verdad. ¡Hombres pequeños, cuyos conocimientos se contienen dentro de una esfera tan limitada! ¿cómo os atrevéis á ceñir el poder de aquel Ser inmenso, queriendo en vuestra soberbia é ignorancia sujetarle á los estrechos límites de vuestra comprension? Pero hablemos con propiedad: cuando el corazon del hombre se halla en el estado mas alto de depravacion, ¿puede por ventura experimentar otros sentimientos? San Pablo, investigador profundo del corazon humano, estableció esta máxima, cuando escribia (1), que el hombre terreno pensará y hablará solamente cosas de tierra: y el espiritual se ocupará únicamente en cosas del espíritu. Y en efecto ¿cuándo se han visto correr aguas puras y cristalinas de manantiales impuros y hediondos? El santo idioma de la verdad no puede tener asiento sino en un corazon puro y sencillo; y el que estuviere cubierto

(1) *I. Cor. v. 14 et 15.*

con la espesa niebla de los vicios, será infausta presa de la mentira y engaño.

Almas justas! ¿qué otros sentimientos experimentáis en vuestro interior? La tranquilidad de vuestra alma, el sosiego de vuestro espíritu, la calma de vuestro corazón, la alegría en vuestros proceder, la limpieza de vuestra conciencia os hacen sentir un Dios pródigo, siempre vigilante y cuidadoso de vuestro bien. Léjos de vosotras aquellas turbulentas inquietudes, que son el presagio mas cierto de un corazón obstinado, como que os veis dirigir por una mano invisible que graba en vuestros pechos la santa confianza propia de los escogidos del Señor. Contados están vuestros pasos en el libro de la vida, y sin su divina voluntad ni uno de vuestros cabellos será arrancado de vuestra cabeza. No es preciso que observéis cómo viven y visten los animalitos del campo, pues los sucesos progresivos de vuestra vida patentizan que una providencia superior está velando en vuestra conservación. ¿Cuántas veces os parecía que ibais á sumergiros, y el Dios de la bondad sosteniéndolos con su mano poderosa os arrebató de entre las profundas olas de la tribulación? Acordáos de los frecuentes asaltos que el comun enemigo ha dado á vuestras almas para apresarlas eternamente; y el Dios eterno renovando las misericordias que en otro tiempo dispensó á su fiel siervo Tobías... Pero, ah señores! ¡cómo este nombre solo presenta á mi imaginación las mas dulces ideas de un varón justo, protegido de Dios por medio del grande arcángel, de quien mi débil é insuficiente voz debe formar el panegírico! Este mismo Señor, conociendo desde la eternidad el inminente peligro en que se habia de ver su siervo Tobías, y queriendo dar á los justos una prueba evidente del particular afecto que les profesa, determina que uno de los asistentes al solio de su divina Majestad se despoje de los adornos de su gloria, y traslade su habitación en la tierra, para que le sirva de compañero poderoso y maestro consumado. Sí, señores, al arcángel Rafael destina su divina Majestad para tan honrosa comisión, y el afortunado Tobías, figura de los justos, es el objeto de las solicitudes de este arcángel. Ved aquí pues la idea de mi panegírico: el arcángel Rafael compañero y maestro de los justos.

Dios eterno! cuya providencia debemos siempre adorar y venerar, y cuyos altos é inescrutables juicios, léjos de examinar-

los la humana flaqueza, debe solamente humilde y reverentemente adorarlos; dignáos purificar mi corazón desde ese trono de amor en que os adora nuestra fe: no permitáis que mis oyentes salgan de este templo, sin haberse abandonado enteramente en los brazos de vuestra providencia. Esta gracia, Señor, os pido por intercesión de María vuestra querida madre, á quien para esto devotamente saludamos con las palabras del ángel: *Ave María*.

¡Qué débil y flaco es el hombre mirado en sí mismo! Todo le espanta; el menor estorbo le embaraza; las dificultades mas pequeñas le amedrentan. Si le consideramos en el trato con los hombres, los teme; si luchando con los demonios, los vencen; si adorando á Dios, no osa mirarle: es el juguete de las pasiones, el cebo de los elementos y el blanco de los contratiempos. El frío le arredra; el calor le abrasa, y el aire mismo que respira, le mata. Los alimentos le son nocivos; el agua le daña, y las medicinas se le convierten en venenos. Las enfermedades le persiguen; los dolores le consumen, y las desgracias le afligen: si va por el mar, se anega; si por caminos, le roban. En casa sus émulo le quitan la tranquilidad; en el ejército los enemigos le llenan de heridas. Si comercia, pierde; si pretende, le desechan; y si alcanza, se lo quitan. Los compañeros le abandonan; sus confidentes le son infieles, y sus amigos vuélvense en traidores. La tranquilidad se convierte en desasosiego; la alegría en disgustos, y los beneficios en ingratitudes. En fin los mismos parientes le desconocen; si está elevado cae, y caído ninguno le levanta. Qué es esto, gran Dios! la obra que tan hermosa fabricaron vuestras manos, expuesta á tantas vicisitudes y contratiempos? No hay duda, señores, que este es el estado miserable, á que se ve reducido el mortal después de la desgracia de nuestros primeros padres. Pero ah! ¡cuán diferente estado es el del hombre, á quien sostiene interiormente el espíritu de Dios! Bendigamos, fieles míos, las misericordias del Señor, porque acordándose de la fragilidad del barro de que fuimos formados, no permite quedemos sepultados entre las ruinas de nuestros vicios. Adoremus su bondad, pues que con el báculo de su gracia sostiene el edificio de nuestras almas. Porque ¿cuándo ha dejado Dios de ayudar al

miserable con su auxilio? Si en otro tiempo fué preciso que se parase el sol en su carrera, luego detuvo su apresurado curso: si necesitaban los israelitas paso enjuto en medio del mar, ved que las aguas se retiran reverentes: si allá en el Desierto no tienen con que abastecerse, les envía desde el cielo el maná que los sustenta y los nutre; y si les falta en la noche la luna que los ilumine, se aparece en el aire una columna de fuego que dirige sus pasos. Si el justo se hallare en riesgo de perderse, ¿cómo podrá dejar la amorosa bondad del Criador de destinar al dulce objeto de sus complacencias un compañero y maestro, que le asista en todos los pasos de su vida? Su padre es, y padre cuidadoso, y así le señalará un compañero, un amigo, un maestro que le guíe, acompañe y aconseje en los innumerables precipicios que le rodean en este mundo.

Seria injuriar á su divina Majestad, si no pensásemos así de su amorosa providencia. Sí, señores; no hay por que dudarlo. Acompaña al justo por divina disposicion el arcángel Rafael, quien en la persona de Tobías hizo visiblemente lo que en los tiempos venideros habia de hacer invisiblemente en las almas justas. Las acompaña Rafael, uno de los espíritus que baten sus alas de amor ante el majestuoso trono del Excelso. ¡Alégrome, ó justos, de vuestra buena suerte, y me congratulo de la felicidad que os ha cabido! Léjos de vosotros el temor y la desconfianza, porque habéis hallado al varon fiel que buscaba Tobías para su hijo, que os conduzca al puerto de la bienaventuranza. Envidiád, ó pecadores, la fortuna del justo; celebrád su dicha; y confesáos miserables por no gozar de tan dulce compañía.

Podrá ser, señores, que la negra pintura que os he hecho del hombre llegue tal vez á sobresaltar el corazon del justo; pero á la manera que huye el temor de un muchacho, luego que tiene la madre á su lado, así el justo se anima y se esfuerza, viendo que tiene á su derecha al poderoso arcángel que le asiste, olvidando con tal ayuda lo frágil y deleznable de su mortal condicion. Ceñido el campeón celestial con las mas relucientes armas, se opone valeroso á los ataques del abismo, y conduce sin riesgo al que en él confía por entre los mayores peligros hasta la última hora de su vida, en la que le introduce en la mansion dichosa de la paz, para que goce el justo premio de los combates que tan generosa y heróicamente ha superado.

Confesémoslo, señores: á la sombra de Rafael desaparece como humo el conjunto de miserias que rodean al hombre.

Figuráos al justo representado en un cuadro, aún mas lastimero del que poco hace os he manifestado: vedle que cargan sobre él dificultades, estorbos, embarazos, pero reparád á Rafael que le sostiene. Representáos al justo metido entre el tráfico de los hombres, quienes con sus perfidias procuran perderle; pero mirad á Rafael que le defiende. Imagináos el abismo conjurado para hacerle prevaricar; pero ah! que habemos llegado al estado mas terrible para el justo. La imaginacion ofuscada con representaciones indecentes, afligida la memoria con recuerdos que le amargan; su corazon agitado con continuos y violentos movimientos de ira, rabia y furor; su alma movida casi á la desesperacion, el gran número de los pecados representados á su vista, la misericordia de Dios al parecer retirada, los consuelos en la oracion desapercibidos; todas las criaturas armadas contra él: la justicia de Dios terrible y amenazadora que le espanta; el cielo cerrado, abierto el abismo...; ah, ah! exclama el justo con el jóven Tobías, que este monstruo me quiere tragar.

Pero no importa; Rafael, que está á su lado, sabrá mandarle con voz imperiosa lo mismo que en las riberas del rio Tigris mandó al jóven Tobías, que cogiese el pez que furiosamente salia de su elemento para tragarle. Cogéd, dice Rafael á los justos, á ese pez del abismo, que quiere hacer presa de vuestras almas, y encontrád en él, si en cierta manera puede decirse, la medicina de vuestros males; de la manera que Tobías halló en el que le queria tragar, el remedio de la afligida Sara: esto es, las mismas tentaciones y combates que en vosotros experimentáis, os sirvan para abatiros y humillaros mas ante la presencia divina; exciten en vuestros corazones la vigilancia cristiana; os muevan á conocer cuánto depende vuestra felicidad del Ser supremo; os hagan embrazar el escudo de las virtudes; y con este motivo os entreguéis totalmente en los brazos de la Providencia divina. Pero ¿á dónde me ha arrastrado la corriente de mi discurso? Rafael al lado del justo hace desaparecer en un instante el negro y cargado nublado que le amenazaba. Retira á los infernales combatientes, figurados en aquel demonio que mataba á los maridos de Sara, y los encierra en los profundos y eternos calabozos. Hace que resplandezca so-

bre él la hermosa aurora del día mas sereno; y une con fuertes lazos al alma con el Esposo divino. Entónces se derraman en ella abundantemente las consolaciones celestiales, vuelven á renacer los favores divinos, y se establece de nuevo la dulce comunicacion entre ella y su esposo querido. Ó Dios de las bondades! ¿quién podrá dignamente alabar vuestra providencia? Cuando el justo al parecer iba á ser sumergido en las olas de la tribulacion, por medio de Rafael le habéis sostenido: cuando el enemigo se gloriaba de tenerle casi entre sus garras, vuestra mano todopoderosa ha arrancado la presa de sus manos. Vos le dirigisteis, vos le iluminasteis, vos le salvasteis; y Rafael es el instrumento de que os valisteis. Ó Rafael! ó númen protector! continuad en proteger al justo que está encomendado á vuestro cuidado.

Figuráos, os volveré á decir, al justo en un cuadro el mas lastimero que vuestra imaginacion pueda fingir. Figuráosle que le afligen pesadumbres; que los elementos están conjurados contra él; y que las desgracias se suceden á porfía; pero observad á Rafael cómo infunde la serenidad en el corazon del justo, aquieta los elementos y convierte las desgracias en prosperidades. Representáosle oprimido bajo el peso de enfermedades; afligido de innumerables dolores; pero reparad á Rafael que cura sus dolencias. No contento este arcángel celestial con acompañar al jóven Tobías, restituye á su anciano padre la vista perdida. Imagináosle...; pero dejémonos de circunloquios: Rafael ha prometido al viejo Tobías, que acompañará y volverá sano á su hijo; y esta misma promesa está hecha á los justos. Sanos os volveré de la mar, aunque las olas encrespadas amenazan sepultaros en sus abismos: sanos os volveré del camino, aunque haya mil monstruos que os quieran asaltar y cebarse en vuestro cuerpo: sanos os volveré del ejército, aunque los enemigos asetasen millares de tiros contra vosotros. Con mi compañía y bajo de mi amparo los émulos no os dañarán en vuestra casa; os serán constantes los amigos, y los confidentes leales. La ganancia en los negocios entrará en vuestra casa, como un torrente grande é impetuoso entra en el mar; despachadas serán vuestras peticiones á medida de vuestros deseos; y la mano poderosa os mantendrá en vuestros empleos y honores. Quién será capaz de alterar vuestra tranquilidad? cómo podrá aguarse vuestra alegría? quién robará la paz de vuestro cora-

zon? Sí: yo que soy Azarías, hijo del grande Ananías; yo que soy Rafael, uno de los espíritus que están ante el trono de Dios, yo mismo soy el que os da aquellos bienes: yo el que presento vuestras oraciones al Todopoderoso, para que se apiade de vuestros males; y por último el que teniendo á mi cargo vuestras almas, no las abandonaré hasta presentarlas al trono de gloria del Excelso.

Ó justos! bendecid, os diré con el mismo Rafael, al Dios del cielo y de la tierra; engrandeced su bondad á presencia de todas las criaturas, porque ha derramado sobre vosotros sus grandes misericordias. ¿Y qué podréis dar á este ángel en recompensa de tantos beneficios? Él ha preservado vuestras almas del contagio de la culpa; os ha librado del poder del demonio; os ha unido íntimamente con su divina Majestad; os ha iluminado con la luz de la gracia; y por decirlo en una palabra, os ha llenado con abundancia de todos los bienes. ¿Qué es pues lo que podréis dar á este varon incomparable, que pague suficientemente lo que ha hecho por vosotros? Nuestro corazon, Dios eterno, os damos y consagramos en pago de los favores que por medio de Rafael nos habéis dispensado. Nosotros no tenemos prenda de mas valor, ni otras que os puedan ser mas gratas: aceptádla, y hacéd que sea digna de vos.

No menosprecies la voz del ángel, dice el Señor en el Éxodo (1), ántes bien escucha sus avisos y consejos con atencion y docilidad de espíritu; porque yo interpongo mi palabra de ser enemigo de los que lo fueren tuyos, y de no dejar sin castigo á los que te afligieren, si practicares lo que el ángel te enseñare. Es preciso que obedezcas al que es tu compañero y al que te ha hecho tantos beneficios, pues no te perderás con sus consejos, ántes bien te darán la salud. ¿Qué mayor felicidad, ó justos, que tener á Rafael por maestro! Celestial es y divina su ciencia: de la mas pura fuente ha aprendido su saber. Buena es la oracion con el ayuno, dice Rafael á Tobías, y con él á todos los justos. Con estas breves palabras ¿qué lecciones no da nuestro arcángel! Aquí reprende tácitamente la conducta de aquellos espirituales medio carnales, que entregados á la delicadeza de su cuerpo, quieren hermanar la oracion con la poltronería. Sí, señores, es preciso mortificarse, si queremos que

(1) Exod. c. 23. v. 21.

nuestra oracion sea accepta al Altísimo. Así lo entendieron los santos, y no podian entenderlo de otra manera, habiéndolo tan abiertamente declarado el arcángel Rafael.

Pero aún no tienen fin las lecciones de tal maestro. *La limosna, añade, libra de la muerte, borra los pecados, y nos alcanza la misericordia y vida eterna.* Qué consuelo para ti, ó justo! ¿te hallas por ventura oprimido con el peso de tus pecados? Hé aquí los pobres, que borrarán, si tú quieres, tus pecados: con solo alargarles la mano, quedarán tus culpas sepultadas en olvido. No es preciso emprendas grandes penitencias, ni largas peregrinaciones; con solo socorrer á estos infelices que cada día acuden á tus puertas, verás renacer sobre tu alma la luz clara de la gracia, derramar sobre ti las misericordias del Señor y alcanzar algun dia la posesion del sumo Bien. Oh, qué efectos tan admirables causa la limosna! y ¿quién será tan insensato que no los quiera para su alma?

Ó gran Rafael! vos sois el que habéis de imprimir en nuestro corazon vuestras lecciones, y hacer que las practiquemos; y si alguna vez nuestro corrompido corazon da oídos á objetos vanos y halagüeños, entónces interponéd mas que nunca vuestro patrocinio, purificándolo de sus afectos. Guardád á nuestra alma de toda culpa, y defendédla de los asaltos del comun enemigo: protegéd con especialidad al noble corazon que os consagra estos cultos; y á estas vírgenes santas, que atraidas del suave olor de su Esposo se han recogido en este santuario; infundíles vivos deseos de la virtud, amor ardiente al retiro, y una santa confianza en el que lo puede todo; porque logrando ellas y nosotros vuestra asistencia en la hora de la muerte, pasemos á gozar de Dios en vuestra compañía por eternidades de siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA ÁGUEDA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

OBLIGACION DE AMAR Y DE MORIR, SI FUERA NECESARIO, POR DIOS.

In fide vivo filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.

Epist. ad Galat. c. 2. v. 20.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí. Así hablaba el apóstol san Pablo y con estas sencillas palabras se excitaba á sí mismo á arrostrar con gusto los peligros, los tormentos, las cárceles, la muerte... *Vivo en la fe del Hijo de Dios.* Ya no vive en mí el hombre carnal y esclavo del pecado, tengo en mí sin merecerlo la fe del Hijo de Dios, y Jesucristo me anima, Jesucristo me alienta y me conforla; Jesucristo es el manantial y principio de mi vida, Jesucristo disipa las tinieblas de mi espíritu y me llena de todas sus gracias. De nada soy capaz por mí solo; pero todo lo puedo, á todo me atrevo, nada hay imposible para mí con la fe del Hijo de Dios que me amó y dió su vida por mí.

Este ha sido tambien el lenguaje de los mártires y de todas las almas justas, y estas palabras de gracia y de virtud dan abundantemente á todas sin distincion de sexos ni edades la fortaleza en los tormentos, la alegría en los trabajos, el triunfo en las peleas, y la corona en los triunfos. *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó á la muerte por mí.* ¿En dónde sino aquí pudo hallar una jóven delicada, rica, noble, hermosa, criada en el regalo y las caricias de sus padres, la invencible